

## LA NOSTALGIA DE LA FILOSOFIA EN GOETHE

POR JULIO ENRIQUE BLANCO

Gothe ist nicht nur in erster Linie Lyriker, er ist Lyriker durch und durch.—*Th. Friedrich.*

### I

Goethe fue durante toda su vida un nostálgico de la filosofía; y lo fue porque el genio con que nació fue el de la poesía, y en verdad el de la poesía lírica, donde sobresalió como el que más de los humanos. Pero por eso mismo permaneció siempre a cierta distancia de lo que verdaderamente es la filosofía; la cual se le mostró siempre esquiva, no le permitió entrar en su dominio. Al igual que otros magnos poetas —Virgilio, Dante, Milton, por ejemplo—, doctísimo y eruditísimo, como ellos pudo aproximarse a la superioridad que con respecto a la poesía, la primera de las artes, es la filosofía, suprema metafísica. Y habría sin duda llegado a poseerla, o ser uno de sus raros dominadores, si el sino o fatalidad de su genio poético, lírico —presto al entusiasmo, pero incapaz de la perseverancia, según Schiller, en la pesquisa de la filosofía—, no lo hubiera conducido por otros caminos que sólo le permitieron rodeos en torno a la sabiduría fundamental de lo exacto.

### II

De Virgilio, quien por desgracia para la humanidad murió en plena madurez, se ha dicho que habría terminado por ser filósofo más que poeta, y en verdad filósofo eminente. Los estudios en que se hallaba empeñado cuando lo sorprendió la muerte, descontento aun de su magna epopeya, que pulía y repulía, y la exclusiva orien-

tación filosófica que ya había escogido, así lo hacen suponer. Habiendo, en efecto, dejado a un lado ya la mera arte del poema épico, y definitivamente abandonado, como cosa de la juventud, el canto lírico y erótico de la poesía bucólica, para mantenerse quizás sólo en el género didáctico en que ya había sobresalido tanto, de las geórgicas, el más perfecto de los poemas que existe en el mundo, al decir de Eichhoff (*Estudes grecques sur Virgile*, I, 119); siendo, además, un asiduo estudioso, en su autodidaxia, de Posidonio, el sabio más enciclopédico de su época; e imbuído en el estoicismo que tanto se saturaba del panlogismo de Heráclito y que compendiaba en lo esencial toda la filosofía de la antigua Grecia; Virgilio tendía ya, en los años que precedieron al de su muerte, a recluírse únicamente en el dominio de la filosofía. *Anno aetatis quinquagesimo secundo impositurs Aeneidi summam manum statuit in Graeciam et in Asiam secedere triennioque continuo nihil amplius quam emendare, ut reliqua vita tantum philosophiae vacaret*, según se halla escrito en la vida virgiliana de Donato. (*Vitae virgilianae*, ed. Brummer, 120). Sin duda, pues, ya en esa decisión habría escrito y dejado poemas del más alto valor, a semejanza de los hoy perdidos o sólo fragmentariamente conocidos de los grandes presocráticos, poemas filosóficos, metafísicos y físicos —*carmina physica*— como los de un Empédocles, un Parménides o un Xenófanes. A la vista tenía, además, el ejemplo enaltecedor de la cultura romana y de la lengua latina que le daba aquel que en tantos aspectos le había servido ya, asimismo, de modelo: el ejemplo del altamente inspirado y hondamente penetrante Lucrecio, genio también de la poesía didáctica. Pero la muerte había de tronchar con la vida la orientación que así asumía el poeta ya maduro para superar su poesía con su filosofía, el verdadero mayorazgo del espíritu.

### III

¿Qué decir, entonces, de Dante? También él procedió similarmente. Y de él, por tanto, se pueden hacer conjeturas análogas a las que todo autoriza a pensar de Virgilio. No sólo por la asiduidad con que cultivó, durante toda su vida, la filosofía y la teología, que eran las disciplinas más considerables de la Edad Media, sino por la índole de algunos de sus escritos, tales como el *Convivio* o la *Monarchia*; los cuales, a pesar de componerse de literatura filosófica más

que de filosofía propiamente dicha, revelan la intelectualidad honda, que por eso mismo obligaba a filosofar, del vate florentino. No obstante lo cual tampoco llegó a ser lo que verdaderamente hay que entender por un filósofo. Pues ni en los cantos del *Paradiso*, parte casi didáctica del magno poema, expresivos de la cultura teológica más elevada de la época, llegó a serlo. Y De Sanctis, en su *Storia della letteratura italiana*, (I, 149), así tuvo que admitirlo implícitamente al referirse especialmente al tratado de la monarquía, sugiriendo la causa: *questa era l'utopia dantesca o piuttosto guibelinesca. Dante ne ha fatto un sistema e ne è stato il filosofo*. Había hecho de la utopía monárquica un sistema, había sido el filósofo de ella. Pero en utopías no puede consistir ninguna filosofía verdadera; tampoco en símbolos ni alegorías. Y Dante, hasta que terminó su vida, siguió siendo —ya desde antes que Goethe, como Goethe— un lírico de símbolos, de alegorías y de utopías.

#### IV

¿Y en cuanto a Milton? De él se puede aseverar lo mismo que de Virgilio y de Dante. Y a este respecto cabe intercalar aquí una rectificación del juicio peyorativo que circula entre iberoamericanos acerca del gran poeta inglés. Ese juicio tiene por base el chiste de que los personajes angélicos de los poemas paradisiacos de Milton se presentan y disputan como los personajes humanos del Parlamento inglés. Chiste y nada más que chiste. Con la misma superficialidad se podría decir que los personajes también angelicales de los cantos igualmente paradisiacos de Dante se presentan y disputan como los ergotistas humanos de las escuelas medioevales. No. Milton, como lo han reconocido los más imparciales críticos franceses, ingleses y alemanes, es figura de primera magnitud en el firmamento de la poesía. Taine, por ejemplo, no vaciló en designarlo como el Homero cristiano. Siguió en eso a Goethe, quien lo había situado ya en el mismo nivel que Homero y Virgilio (Saemmtliche Werke, ed, Cotta, IV, 99). Y Verity, uno de los editores del *Paradise Lost*, lo calificó como inferior a Shakespeare sólo en cordialidad y amplitud humana. Lo mismo, igualmente, que Goethe, quien también había escrito que estaba en la misma línea que Shakespeare (op. cit. V, 518). ¿Cómo no, si Goethe había estudiado con tanto ahínco la poesía de Milton? El carácter de Satán, especialmente para el ca-

rácter de Mefistófeles, le preocupó al poeta alemán no poco; y con él, el problema del origen del mal y del libre albedrío. Relacionando así a Milton con Kant, este problema llegó a ser para él, según propia confesión, un rompecabeza. Y cuando se trataba de poesía de lo femenino, la de Milton le parecía superior a la de Byron, que sin embargo era su ídolo contemporáneo. Reconoció que mientras éste había mirado sólo a los lados flacos y corruptibles de la feminidad, aquél había sabido pintar con seductora frescura de colores, una naturaleza en su belleza y pureza originales.

#### V

Y he aquí una curiosidad de parangón, digna de ser intercalada, por las conexiones no sólo de los nombres, sino de las correspondientes apreciaciones. Nadie menos que Juan Escoto, eminente filósofo, escribió el siguiente resumen o *periocha*, sacado de la *Vita gudianiana* acerca de Virgilio. ¿Lo escribió Escoto, por la puerilidad de su sentido, para niños de escuelas? Pero hasta en ese caso suena, para el erudito que lo lee, como un chiste semejante al del parlamentarismo en la poesía miltoniana o al del ergotismo en la poesía dantiana. ¿Quién, qué, por qué, de qué modo, cuándo, dónde, con qué facultades? Más precisamente: ¿Quién escribió? Virgilio. ¿Qué escribió? Poesía bucólica. ¿Por qué escribió? Para ensalzar a Polión, a Mecenas o a Octaviano. ¿De qué modo escribió? Humilde, mediocre, grandilocuentemente. ¿Cuándo escribió? En los años de Octavio. ¿Dónde escribió? En Mantua. ¿Con qué facultades? Con las de aquellos a quienes imitó, a saber, a Teócrito en lo bucólico, a Hesiodo en lo geórgico y a Homero en lo épico... Y termina la digresión —*explicit digressio*.

#### VI

Cierto es, por otra parte, que la personalidad de Milton fue compleja. Poeta por congénito genio, dejó dormitar éste, tras sus primeras revelaciones, para dedicarse a una labor polémica, no exenta a menudo de grandeza, que suscitó religiosa y políticamente antipatías contra él. Pero el hombre, no sólo por su dignidad, sino por su laboriosidad, tanto cuanto por la altura de sus propósitos, se mantuvo siempre al nivel de un Dante o de un Virgilio. El puritano

inglés, al igual que el católico florentino y que el gentil romano, realizó el tipo del genuino hombre de letras. Fue un solitario para quien la única ocupación fue escribir. Luchó por la libertad del pensamiento, la dignidad del valor humano hasta hacer de él mismo, más que un puritano, un ético. Y su vida tuvo el heroísmo de la soledad del espíritu sumido en las tinieblas del sentido de la vista, pero elevado en la luz de la clarividencia intelectual. Lo mismo, una vez más, que Dante y que Virgilio, para elevarse a las concepciones más sublimes.

## VII

Y place detenerse sobre este punto, a fin de continuar adelante la comparación con Goethe. El entusiasmo lírico, la majestuosidad épica de Milton se reveló hasta cuando polemizaba. ¿Por qué, si no porque ahí encontraba ya parte de su filosofía? Músico de nacimiento; había ido conteniendo su impulso a la versificación, la expresión que se modulaba y formaba melodía de las palabras, mientras maduraba una concepción de poema grandioso, hasta la edad proveya. Carácter moral, había creído que debía proceder de ese modo, hasta sentirse suficientemente preparado para cumplir con lo que le mandaba la conciencia de su destino. Y por eso podría decirse que en él se dio ya una autognosia, esto es, un propio saber lo esencial de sí mismo como esquema de arquetipo para la predeterminación del propio ser en el logro de un alto destino a través de los azares de bajos sinos. Ejemplo que Goethe había de seguir sólo a una edad mayor, ya que en él la autognosia había de manifestarse tardíamente. . . La consecuencia de ello para Milton fue que pudo realizar ya desde su juventud una cierta prototiposis de filósofo, alcanzado al mayorazgo del espíritu que le precisaba la conciencia de una razón arquetípica como idea lógica, discursiva que podía darle y le daba formación al curso de su propia vida para el cumplimiento de un destino; mientras en Goethe pareja prototiposis se mantuvo durante toda su vida como en mora. Así, ya desde la edad de diez y nueve años, *anno aetatis XIX*, según Milton mismo lo escribiera, él se había dado cuenta de aquella razón, arquetipo como idea lógica, discursiva que, a medida que se le iba precisando más y más en su conciencia, más y más lo iba predeterminando en la formación del propio curso de filósofo que debía ser para el cumplimiento

de un destino. ¿Cómo evitar entonces que captara o aprehendiera esa misma razón, persuasiva a la vez que motora, como un impulso divino? Y vio allí la causa que había de dominarlo y que lo dominó para conducirse a cantar los misterios profundos de la creación a través de las concepciones religiosas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Con hondo y perseverante sentido de laboriosidad. Porque, estudioso hebraísta, insigne latinista hasta el punto de ser lexicógrafo, helenista consumado, músico y astrónomo, exégeta de la Biblia, conocedor de la patrística y de la escolástica, lógicamente alcanzó a ese destino, haciéndose, antes del magno poeta que había de ser, el filósofo que para lograr éste tenía que realizar en sí, aunque en verdad cual tal no llegara hasta la cúspide de la misma filosofía. Fue sólo, para sí mismo en la predeterminación que tenía que darse, el autor de una institución más plena del arte lógica, *Artis logicae plenior institutio*.

## VIII

Sobre semejante desenvolvimiento filosófico de su espíritu, que era lo único que podía darle el pedestal sólido a su monumento poético, épico, fue pues como Milton pudo llegar a sentirse capacitado para su obra principal, la de su verdadero destino, bien discernido para que fuera infaliblemente predeterminado. Encerrándose en un como circuito de filosofía y de poesía; pasando indefinidamente de la una a la otra y viceversa, ya sobre la base de todos sus previos ejercicios poéticos y filosóficos, pudo avanzar decisivamente de la obra menor del soneto, la estanza, el himno, a la epopeya y la tragedia, *Paradise Lost*, *Paradise Regained* y *Samson Agonistes*, llegando este último a ser el más logrado ectipo de la dramaturgia griega, pero de proporciones más vastas: no para representado, sino para leído; tipo de composición moderna cuya superación había de darse solamente por la obra que exigiría a Goethe sesenta años de su vida; de suerte que el modelo para el *Faust* estaba ya allí, en el *Samson Agonistes*, mientras el *Paradise Regained* se presentaba como una de las gemas artísticas más preciosas de la humana poesía y el *Paradise Lost* como una de las poquísimas epopeyas de valor universal. Pero ¡qué labor y qué constancia la que allí se representaba! Justamente la que había de seguir sirviendo a Goethe de ejemplo; porque sin contar los precedentes que databan de 1641, y sin

contar los perfeccionamientos postreros de la segunda edición de 1674, el *Paradise Lost* había demandado a Milton cinco años para su composición y casi otro tanto para su primer pulimento ¡Sólo poetas filósofos como Virgilio y como Dante podían proceder de ese modo! Pero fue así como Milton pudo alcanzar al más alto nivel de la poesía inglesa en lo lírico y en lo épico, dando, repito, el ejemplo que un siglo después había de imitar Goethe.

## IX

Era pues necesario ser, a lo menos hasta cierto punto, un filósofo, para poder alcanzar a la profundidad de doctrina y a la vastedad de erudición que Milton, como Dante y como Virgilio, llegó a poseer, y en verdad a través de recias disciplinas autodidácticas, abordando todas las cuestiones de cosmogonía, de mitología, de religiones y de historia que constituyen los asuntos de los poemas magnos de la humanidad. El poeta no podía, como no puede ni podrá, ser grande si no era, no es ni será tal filósofo. Y, más aún, era, es y será necesario que lo fuera, y que lo sea, para poder idear, esquematizar, programatizar su obra dentro de líneas de real grandeza, universal o cósmica magnitud. Ni hubo de ser de otra manera, por tanto, como Milton pudo emprender su obra, que ante todo trazó como una tragedia grandiosa; la cual, bien calcada en los ejemplares modelos trágicos de los griegos, había de exceder a los límites de todo teatro; aunque, en el curso de la reflexiva elaboración, hubiera de abandonar el paradigma que así se daba, reservándose, en lo que esencialmente era como esquema morfogenético, para el *Samson Agonistes*. Pues efectivamente, evolucionando de ese modo, por decirlo así, fue como Milton llegó a la transformación del esbozo original que había hecho para su poema, intitulándolo entonces *Adam Unparadis'd*, y concluir en el *Paradise Lost*, que había de ser no ya tragedia, sino epopeya, cuyo género era el único que podía corresponder al grandioso tema de la creación tal cual judaica y cristianamente se entendía. Era lo filosófico que, repito, desde 1641, el año de los primeros antecedentes, hasta 1674, el año de la segunda edición, la última en vida de Milton que había de dejar el poema tal cual hoy existe (dividido en doce cantos o libros, *books*), había de exigir al poeta treinta y tres años de labor.

## X

Claro es entonces, pues, que comprendida así la comparación con Goethe, la situación de éste con respecto a la filosofía se precisa. Ya en efecto he indicado que Virgilio murió en plena madurez. Aunque con algunos años más, Dante, quien murió a los cincuenta y seis años de edad, si hubiera vivido veinte y siete más para alcanzar a la edad en que Goethe murió, habría sido un filósofo más decididamente de lo que él mismo había llegado a ser y de lo que Goethe nunca pudo llegar a ser. Milton murió a los sesenta y seis años. Pero escritas y pulidas sus tres *opera maiora* entre los cincuenta y los sesenta y cinco años de edad; cumplida con ellas la misión poética que se había propuesto desde la mocedad y que había venido a lograr sólo en su proveyta madurez; realizada, más aún, su enorme obra de polémica y de crítica; ciertamente se habría consagrado también con mayor decisión y exclusividad a la filosofía —mucho más de lo que había de hacerlo Goethe— en los dos decenios que éste último vivió de más. Porque no cabe duda en que Goethe, habiendo vivido hasta la senectud de los ochenta y tres años en una poesía que no dejaba ni un instante de florecer líricamente, y a pesar de cierto contenido que pudiera llamarse filosófico del *Faust*, no habría podido llegar a ser un verdadero filósofo. Ciertamente es, así, que en *Gott und Welt*, conjunto de poemitas filosóficas y didácticas como *Die Metamorphose der Pflanzen*, *Metamorphose der Thiere*, él daba ya una expresión resumida de lo que consideraba como su propia filosofía. Pero en realidad lo que allí se expresa, siempre líricamente, no pasa de ser una mera concepción del mundo o *Weltanschauung*. No deja de ser poesía filosofante, no alcanza a ser verdadera filosofía, al igual que todos los escritos en prosa que comentan, exponen y desarrollan esa *Weltanschauung* allí expresada. Todo con una orientación bien marcada hacia las ciencias naturales (véase por ejemplo *Zur Naturwissenschaft in allgemeinen*, VI, 571 y siguientes), sin llegar a ser otra cosa que literatura filosófica, sin alcanzar a ser, por tanto, verdadera filosofía. Sólo por las constantes, incesantes alusiones a Dios y a la naturaleza, a la vida y a la humanidad, divagaciones sobre asimilaciones rápidas que acerca de estos conceptos, que valen como las categorías principales de la existencia, pero sin ahondar propiamente en ellos, el poeta había hecho de auténticos filósofos para tomarlos como el contenido que le sirviera de sustancia plástica al impulso siempre lírico (el panteísmo,

la teología, la biología e historialogía, la antropología de Goethe son expresiones de su lirismo) de su obra, ésta alcanza hoy a dar la impresión de filosofía a que aspiraba y que, desgraciadamente, nunca pasó de ser un ideal que seducía, para vitalicia nostalgia de quien así la cortejaba.

## XI

Esteta, pues, y lírico por encima de todo, Goethe se deleitaba con el placer de jugar con los conceptos fundamentales de la filosofía. Y por eso inconstante, o incapaz de una continua y tesonera perseverancia, en sus estudios de filosofía muchas veces se limitaba a hojear solamente los tratados de los autores más importantes (Spinoza y Kant, por ejemplo), sin poder detenerse siquiera en una lectura asidua; pero, eso sí, atrapando aquí y allí con vuelo de genio cuanto podía servirle a su espíritu, su inspiración, su elaboración poética, a fin de asimilarlo en esta su más propia obra, la de cantar con entusiasmo estro lírico, ditirámbicamente, el portentoso, el admirable espectáculo de la existencia. De ahí que los conceptos fundamentales a que acabo de aludir, y que eran como las categorías principales del ser (Dios, Naturaleza, Humanidad, Historia), fueran para él como obsesiones que lo hipnotizaban en los raptos de sus más elevadas inspiraciones, pero sin que jamás pudiera olvidarse de la otra obsesión que había de serle tan duradera como su vida y que para él valía también como una esencial categoría del ser: Eros. Porque hasta en las divagaciones filosóficas de su poesía, Goethe nunca dejó de ser erótico; y a causa de ese erotismo tampoco, salvo muy raras excepciones, llegó a ser —como Virgilio, Dante y Milton sí llegaron a ser—, propiamente un razonador, ni siquiera en los dos poemitas que pueden considerarse como didácticos, *Die Metamorphose der Pflanzen* y *Metamorphose der Thiere*. Tuvo que expresarse siempre, así, poética más que discursivamente, plasmando en imágenes todo cuanto pensaba y resolvía, en un recóndito paralelismo del cual él no se dio cuenta, en sus cantos, que tendieron cada vez más y más a resolverse en poesía de signos, símbolos, figuras, metáforas, parábolas, sentencias oraculares.

## XII

¿Cómo, entonces, siendo todo esto así, Goethe habría podido llegar a ser un filósofo, en el sentido estricto de la palabra? De nin-

guna manera, por lo mismo que, al fin y al cabo para él, la filosofía era sólo algo como un amor a distancia, algo que se podía querer desde lejos, una sabiduría que sólo columbraba en lontananza y que en tales circunstancias cortejaba, pero a la cual él, poeta por encima de todo, no podía llegar, por más que la presintiera como algo sublime. Y la conciencia de ello fue por eso para él como la conciencia penosa de algo que siempre se le evadía, y que más se alejaba de él cuanto más creía poseerla, psicopatía en que la filosofía se le presentaba, para decirlo en los términos de su caro Eros, como la única novia esquiva. ¿Qué otra cosa, en efecto, si no esa situación, era lo que tenía que producir en él ese estado psicopático que he sugerido con el título de estas notas, la nostalgia de la filosofía? Nostalgia propia de espíritus nobles, desde luego, y que Goethe, aunque no lo declarase nunca porque su temperamento se lo habría impedido, debió sentir grandemente, puesto que fue entonces cuando comenzó a interesarse más asiduamente por la filosofía, durante el período de su intimidad con Schiller; del cual sí puede decirse que fue más lejos en su tendencia a superar la poesía en la filosofía, ya que, en los últimos años de su laboriosa vida, y con un dominio de sí, y una constancia y reflexión crítica que a Goethe faltó, logró sustraerse bastante de la poesía para consagrarse casi exclusivamente a la filosofía. Pero como Virgilio, y casi a la misma edad de él (tres años de diferencia, habiendo muerto Schiller a los cuarenta y seis), no pudo continuar en la vía del mayorazgo espiritual que había comenzado y que había podido llevarlo tan lejos. La muerte se lo impidió.

## XIII

Por otra parte, como ya queda sugerido, la aspiración de Goethe a la filosofía tenía que pecar por exceso de sensualidad, luego implícitamente por falta de intelectualidad —de sutil, abstracta, metafísica intelectualidad. En una carta que Schiller escribió a su amigo Körner, escrita cuando Goethe comenzó a apasionarse por la filosofía (el decenio entre los cuarenta y los cincuenta años de su edad), y a interesarse especialmente por la de Kant, después de una conversación que los dos poetas habían tenido sobre la *Kritik der Urtheilskraft*, Schiller indicó, a la vez que señalaba la carencia de generosidad en Goethe para reconocer los méritos de otros y para de-

clararse partidario de tal o cual filosofía, la sensualidad de todos los esfuerzos que hacía, pues quería derivarlo casi todo del mundo sensible, *holt zu viel aus den Sinnenwelt*. Y Korner admitió la observación de Schiller; Korner, que era también amigo de Goethe, pues respondió en su comercio epistolar: “para mí también Goethe es demasiado sensual en filosofía. Pero creo que para ti y para mí es conveniente altercar con él, a fin de que nos advierta cuándo nos perdemos demasiado en lo intelectual”. Y así era, porque ya al aproximarse a los cincuenta años, Goethe continuaba siendo tan sensual como lo había sido hasta entonces y había de continuar siéndolo hasta la edad senecta de los ochenta y tres en que murió, incapaz de la ascética intelectualidad que es como *conditio sine qua non* para el ascenso y acceso a la verdadera filosofía.

#### XIV

De aquí que en sus muchas, repetidas sin continuidad, tentativas para entrar en el significado de la *Kritik der reinen Vernunft*, Goethe fracasara siempre, escapándosele como se le escapaba el sentido y los desenvolvimientos integrales de esta magna obra, difícil ciertamente, prueba del más excelente criterio de vigor intelectual que jamás se hubiese dado. A lo sumo, reconociendo la honda impresión que le había dejado el libro fundamental de Kant, pudo reconocer el mérito de éste, sin poder evitar, empero, que el lector sa-gaz se diera cuenta de que, hasta entonces, sólo había podido desflorar dicho libro. Porque, sin poder llegar a una comprensión de los problemas cardinales allí tratados, no podía más que referirse, como lo hizo en *Einwirkung der neuern Philosophie* (Op. cit. VI, 581), al comienzo del tratado kantiano, a saber, que todos los conocimientos humanos comienzan con la experiencia, pero que no todos se originan exclusivamente de la experiencia. Goethe, por lo demás, con candor de sinceridad, declaró entonces su incapacidad para penetrar en la esencia de la filosofía crítica. La entrada había sido lo que le había gustado. Pues para él había sido una especie de entremés, y él se deleitaba siempre con los fiambres. En el laberinto no se había internado, porque se lo impedían ora el don poético, ora el entendimiento humano, y en ello no podía mejorarse. Lo cual le ocurría justamente cuando, como lo decía a sus amigos, se había propuesto estudiar la filosofía de Kant con grande aplica-

ción, *mit grosser Applikation*. . . Posteriormente aún, su incapacidad para aprehender el hondo significado de esta filosofía había de encontrar expresión de otra manera, para comprobar que su inconfesado sentimiento de esa impotencia de su espíritu, le daba cierta pena o dolor, tristeza o melancolía que tenía que ser ya la nostalgia que, siempre sin confesarla, le acompañaría toda su vida. Aún en *Einwirkung der neuern Philosophie* había escrito que “reiteradamente había vuelto a la doctrina kantiana y que creía haber entendido algunos capítulos (de la *Kritik der Vernunft*, como él la designaba) más que otros”, para añadir, tras esa nostálgica declaración, lo superficial: “que creía haber ganado algo para su uso doméstico”.

#### XV

¿No prueba pues todo esto, además de cómo Goethe se empuñaba sólo discontinuamente en la lectura de los libros fundamentales de la filosofía, cómo era que él buscaba en semejante lectura únicamente aquello que podía servirle de materia asimilable —casi un comestible según sus metáforas— para su propia poesía? Sin duda alguna. Pero demuestra también que de ese modo la filosofía venía a ser para él una especie de sierva de la poesía, a semejanza de lo que ya había sido para los escolásticos, una sierva de la teología, *ancilla theologiae*. Y ello sirve entonces para caracterizarlo aun más en su mismo esfuerzo, frustrado, para ser en verdad un filósofo. De ello, en efecto, no podía resultar sino que la filosofía se reducía a divagaciones líricas acerca de las concepciones de Dios, de la Naturaleza, de la Humanidad y de la Historia; y que su panteísmo y su humanismo no podían ser otra cosa que imaginación poética —poesía filosofante— de tales conceptos. En el deleite de lo errabundo a través del cosmos, en pos de Dios y de la Naturaleza, en el gozo de la Humanidad y en la contemplación de la Historia, Goethe, por eso mismo, no habría de pasar de los estados crepusculares, *dammernde zustande*, en que le placía arrojarse. Y eso es lo que da la clave ahora y sirve de criterio para la apreciación de muchos de sus poemas de orientación filosófica, cuya belleza de forma ofrece un contraste tan grande con la falta de contenido que los afecta.

## XVI

Bien pues puede decirse que, en todo caso, Goethe prefirió vagar por espacios celestiales y paradisíacos, perderse en océanos de luces y matices, abandonarse a vuelos divinales y audiciones de músicas angelicales; que prefirió por tanto la aventura poética del espíritu, a detenerse en las apariencias nebulares, dificultades tachadas de oscuridad, de las verdaderas disciplinas filosóficas; y que eso le hizo dar a todo lo que en su obra llegaba a ser la expresión de presunta filosofía, también cierto carácter de mera sabiduría popular acerca de los problemas religiosos, sociales, políticos y morales de la humanidad. La segunda parte del *Faust*, que puede valer como la última palabra en materia de enseñanza filosófica goethiana, está llena de ese género de filosofía que se confunde con el acervo de máximas de la sabiduría popular. Pero éste se encuentra asimismo disperso en toda la obra poética de la mayor madurez y serenidad, próxima a la senectud —el decenio de los 70 a los 80 años en que por fuerza decayó la frescura de los juveniles entusiasmos líricos, ditiámicos o dionisiacos. Lo más que puede decirse es que ese género de filosofía se compara con la filosofía verdadera (que es ciencia exacta de los principios del ser objetivo y del conocer apodíctico), como el género de psicología que cultivan novelistas y literatos franceses (sagacidad para penetrar en los arcanos de las veleidades femeninas y descifrar sus comportamientos), verbigracia se compara con la psicología verdadera (que es ciencia de los procesos mentales que constituyen la conciencia y se integran en el espíritu humano). En la filosofía así cultivada, por lo demás, Goethe se sentía y hallaba más cerca de los ensayistas franceses de la Enciclopedia y de los moralistas ingleses contemporáneos, que no de las auténticas autoridades de la filosofía.

## XVII

Que no sorprenda entonces que, siendo todo esto así, a menudo se encuentre en las poesías de Goethe un reflejo de la distancia en que se mantenía respecto de la verdadera filosofía, y también una expresión indirecta de la tristeza que en su sinceridad tenía que sentir por ello —su nostalgia— una cierta ironía, más aún, una mordacidad que venía a ser, en el fondo, como la hiel destilada contra

los que no reconocían éxito a sus aspiraciones de filósofo. Cual ejemplo de ironía y mordacidad se pueden citar algunos versos de *Herkommlich*, *Allerdings* y *Ultimatum*, en que alambicó su rencor contra los físicos que rechazaban su *Farbenlehre* o teoría de los colores, y contra los meteorólogos que no podían aceptar como verdades científicas sus bellos cantos en honor de la teoría de Howard sobre los fenómenos de las nubes. Y digno de notar a este respecto es cómo Goethe acogió inmediata y ligeramente, seducido sólo por la estética de la concepción, las ideas expuestas por Howard en su ensayo sobre la formación de las nubes —la formación de lo informe, según había de estilizarlo en seguida, *die Formung des Formlosen*—, el cambio regular de las figuras de lo ilimitado, como aún había de decirlo en la divagación deleitosa de las palabras bien sonantes, poéticas, pero sólo pseudo-científicas: ideas que al verdadero entendido no podían parecer otra cosa que juegos estéticos, de la imaginación. Mas a Goethe, como poeta que era por encima de todo, no le podían interesar otras ideas que no fuesen las expresivas de la imaginación artística; y acogió por eso, sin vacilación alguna, para cantarlas porque se le prestaban para que las cantara, las de Howard —un autor que, como muchos otros de los libros encontrados en la biblioteca de Goethe, justamente yace hoy en la tumba del olvido, conforme a la expresión de Vorlander: *im Grabe verdienter Vergessenheit*.

## XVIII

Por otra parte, el sinsabor de saberse inepto para las ciencias exactas, fue lo que hizo reaccionar al poeta contra las matemáticas, de las cuales quiso mostrarse escéptico; complejo psicopático que así, en el fondo subconsciente de su espíritu, tuvo que aumentar la pesadumbre o nostalgia que ya sentía con respecto a la filosofía verdadera: aquella de la influencia nueva que en su esencia íntima se le escapaba, justamente la crítica de Kant, la cual por el genio de éste había venido a ponerse al lado de las matemáticas por la exactitud de sus proposiciones sintéticas fundadas en los datos *a priori* de las categorías y principios de la inteligencia pura, que por eso mismo venía a poner un límite a las especulaciones de la razón dialéctica. Y eso era lo que Goethe no podía comprender, a pesar de los repetidos, pero siempre discontinuos esfuerzos que hacía para

penetrar en el fondo —lo que él había llamado laberinto— de la *Kritik der reinen Vernunft*; esfuerzos por lo demás superficiales como lo demuestra el hecho de que, en vez de intentar un resumen, que en verdad tenía que ser sumamente difícil, de dicho libro, lo que alcanzó a hacer fue sólo un como índice de su contenido.

## XIX

Pero sobre este punto de la relación con Kant insistiré adelante. Entre tanto añado solamente que tal relación explica las vacilaciones y oscilaciones de Goethe en aquellas actitudes de él que pudieran llamarse filosóficas; es decir, en sus posiciones con respecto a los pensadores fundamentales de la filosofía verdadera, los filósofos auténticos. Porque su actitud con respecto a Spinoza, a cuyo panteísmo se sintió más adicto porque creyó encontrar en él la grandiosidad filosófica a que aspiraba naturalmente el lirismo de su espíritu, poesía, no fue distinta a la situación en que se colocaba con respecto a Kant: una actitud de aproximaciones superficiales para asimilar rápidamente de la metafísica, de la teología, de la cosmología, de la física y de la antropología —el conjunto de la Ética—, lo que podía servirle de sustancia nutricia para sus poemas filsofantes, de los cuales *Gott und Welt*, recopilado después de veinte años de discontinuas composiciones, según puede comprobarse por las fechas diferentes que lleva cada una de las poesías que lo componen, es la más alta expresión, casi un drama cósmico. Y ciertamente con Spinoza, Goethe se ocupó más largamente; y la influencia de aquél fue mucho más penetrante y asimilable que la de Kant; pues ya desde antes de haberse ocupado con éste, habíase interesado por Spinoza; al cual había estudiado desde antes de su primer viaje a Italia y al cual volvió después de su regreso de dicho viaje, hacia 1788, cuando aún resonaban las disputas entre Jacobi, contra Spinoza, y Mendelsohn, pro Spinoza. Por esta resonancia que estaba a la moda en el mundo de las letras alemanas, así como también incitado por Herder, partidario de Spinoza y adversario de Kant, de quien había sido directo discípulo en Koenigsberg, Goethe trató entonces de imbuirse más en las concepciones del filósofo judío, y asimiló con la rapidez que su genio le daba, lo grandioso del panteísmo de la *Ethica*; pero sin poder ahondar en los significados reales de dichas concepciones, como lo demuestra el hecho de que después, perma-

neciendo en el fondo panteístico, se exaltara como kantiano en lo atinente a la fundamentación moral por postulados de la razón práctica; postulados que Kant había establecido para la admisión de la existencia de Dios, sin que Goethe, desde luego, pudiera advertir la contradicción que había entre ese concepto y el panteístico de Spinoza. Lástima es no tener confesiones, en las cuales con respecto a Kant Goethe fue siempre tan sincero, de éste con respecto a Spinoza. En todo caso se puede juzgar de los esfuerzos que hizo para asimilarse la doctrina panteística por las vacilaciones y oscilaciones en que desde entonces (entre los cuarenta y los cincuenta años de edad) hubo de pasar sin poder asimilarse jamás definitivamente ni la filosofía de Kant ni la de Spinoza.

Goethe entonces —a partir de 1790— afianzó sus relaciones de amistad intelectual con Schiller, y la influencia más verdadera mente filosófica de éste se hizo sentir en el giro que tomó hacia el kantismo. Empezando por sustraerse a la influencia de Herder, que era abiertamente spinozista y antikantiano, empezó a iniciarse en un mejor entendimiento de la filosofía crítica. Sin embargo, nunca había de poder sustraerse a la atracción de la grandiosidad panteística que había de ser motivo vitalicio de su poesía; y bien puede decirse que por eso se acentuó su incesante oscilación entre los dos polos de estas tendencias filosóficas que sucintamente pueden señalarse como las del contraste Herder-Spinoza, de un lado, y Schiller-Kant, de otro. El temperamento poético, el genio estético, el entusiasmo lírico que prefería la divagación en lo cósmico y divino, había de ser así siempre más poderoso. Y Goethe tuvo que permanecer de ese modo, en su vitalicia falta de verdadera filosofía, más adicto, aunque nunca del todo, a Spinoza, cuya grandiosidad panteística había de continuar seduciéndolo hasta los últimos años de su vida, y en verdad hasta determinar lo más sustancioso de sus mejores poesías, como en la *Trilogie der Leidenschaft*, *Bel Betrachtung von Schiller's Schadel*, *Gott und Welt* y *Gott, Gemut und Welt*. Ni es por otros motivos por lo que hay que buscar en estas poesías la expresión que puede considerarse como más próxima a la filosofía de Goethe; filosofía que entonces tornó a presentarse como una concepción del mundo o *Weltanschauung* —mientras que la expresión de aquella otra que ya queda señalada como culminación del acervo de las máximas morales de los pueblos, o en suma sabiduría popular, expresada desde lo antiguo en sentencias oraculares y frases

proféticas, aunque también encontrara su expresión en *Die Weise und die Leute* de *Gott und Welt*, había de encontrar su mejor expresión final en la parte segunda del *Faust*. Y la verdad sigue siendo, así, que la expresión de la genuina filosofía, aquella de la cual Kant estaba contemporáneamente dando el más admirable ejemplo, se le escapó una vez más, entonces. Goethe continuaba y había de continuar hasta el final de su vida, en la lejanía en que lo colocaba su genio poético, presintiendo siempre nostálgicamente la existencia de una sabiduría superior, aunque ya desde 1792, según una nota escrita a Trier el 25 de octubre de dicho año, delante de un joven que se sorprendía de que él, Goethe, no hablara de poesía, sino de ciencias naturales, se jactaba de haberse encaminado por la vía filosófica que él mismo se había propuesto; añadiendo que sobre las cuestiones de la crítica del juicio —la *Kritik der Urtheilskraft*— especialmente las estéticas, eran muchas las cosas que él podía decir, y en verdad elocuentemente. Elocuentemente, eso era, para él, poética, líricamente. Pero no más, para que la filosofía fuese justamente para él una nostalgia.

Julio Enrique Blanco

## CAPITULOS DE UNA INTRODUCCION A LA FILOSOFIA

Por FRANCISCO ROMERO

### I

*Sobre las primeras contraposiciones.*

La ocupación filosófica abunda en contradicciones; acaso más justo sería decir que las contradicciones son su elemento natural, el territorio que le es propio. Probablemente sin el acicate de la contradicción no hubiera aparecido la reflexión filosófica, que surge cuando algunos hombres de Jonia advierten gruesas contradicciones en la experiencia —o entre la experiencia y la racionalidad— y procuran superarlas precisamente mediante una audaz contradicción, contraponiendo la noción de ser o de substancia a la realidad percibida por los sentidos. Algo por el estilo viene a sentar Schopenhauer cuando dice que sin la muerte difícilmente se hubiera filosofado, porque la muerte es la gran contradicción que niega la afirmación en la cual y por la cual somos: la vida. Quien pretenda filosofar ha de estar acorazado contra el miedo a las contradicciones, ha de renunciar de antemano a la ilusión de avanzar apaciblemente por un ancho camino de llanura, porque la filosofía se mueve más bien por un angosto sendero de montaña, pedregoso y enderezado hacia una cima que se pierde entre las nubes. Sabido es que Hegel talló con sucesivas contradicciones, metódicamente dispuestas, una especie de escalera rocosa para ascender a la suma cumbre metafísica.

Examinar despacio algunas de las contradicciones primarias con las que tropieza la filosofía sería tarea instructiva. Construir el cuadro de todas ellas sería cosa difícil e importaría una revisión de casi toda la filosofía desde el ángulo particular, que viene a ser el punto de apoyo o de referencia predilecto de algunos pensadores actuales. Porque hay filósofo muy de nuestros días que tiende a iden-